

Memorialistas & Viajeros

Henry Miller: “Los libros en mi vida”

Bartolomé Leal, desde Santiago

“Los libros en mi vida” anuncia el título de un ensayo de carácter autobiográfico escrito por el novelista Henry Miller (1891-1980), bien conocido por sus novelas “Trópico de Cáncer” y “Trópico de Capricornio”; y por su ciclo novelesco “La crucifixión rosada”. Libros de escándalo, que fueron vapuleados en su tiempo por los conservadurismos de todo tipo, desde los religiosos y políticos, a los académicos y literarios. Su autor recibió los anatemas de pornógrafo y obsceno. Pero Henry Miller fue y sigue siendo amado por los rebeldes, los disconformes, los incrédulos y los raros de toda laya.

Miller destaca en su ensayo a los autores que lo influyeron o deleitaron. Grandes, medianos y pequeños. Menciona también sus cien libros predilectos. No los voy a repetir. Para quien se interese, puede buscar el libro (hay traducción: Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1987). Más bien voy a rescatar desordenadamente algunos conceptos que Henry Miller despliega, como el auténtico hincha de la literatura que se declaró.

Manifiesta en el prefacio: “Esta obra trata de los libros como experiencia vital. No es un estudio crítico...”. Tampoco conforma, agrego yo, una encuesta de opinión ni una investigación de mercado. Tampoco se trata de leer o hacer leer mucho. Afirma el autor: “Hay libros auténticamente revolucionarios, o sea inspirados e inspiradores. Son pocos y muy raleados... Puede considerarse afortunado quien encuentre un puñado de ellos en toda su vida”.

“Considero en gran medida mis encuentros con los libros, algo así como encuentros con otros fenómenos de la vida o el pensamiento”. En este sentido, agrega Miller, “los libros son parte de tan integrante de mi vida como los árboles, las estrellas o el estiércol”. Pregunta: ¿cómo se mantienen vivo un libro? Respuesta: “El libro vive a través de la apasionada recomendación de un lector a otro”.

¿Y los libros leídos en la niñez? “En los libros para niños, que son los que más nos influyen... el humorismo brilla totalmente por su ausencia. Los ingredientes cardinales son el horror y la tragedia, la lujuria y la crueldad. Pero mediante la lectura de estos libros se nutre la facultad imaginativa”. De acuerdo. Pero yo agregaría que también con esto se nos condiciona para asumir los aspectos más horribles y perversos de la vida. Miller aporta un aspecto interesante: “Hay una cosa que diferencia la lectura de la infancia y la que se hace más tarde, y es la ausencia de opción. Los libros que leemos durante la niñez nos son impuestos”. Y añade: “¡Afortunado el niño que tiene padres sabios!”.

¿No constituye la lectura un acto pasivo? “Si bien a primera vista la lectura podrá no parecer un acto de creación, en un sentido profundo lo es. Sin el lector entusiasta, que en realidad es el equivalente del autor y muchas veces su más secreto rival, el libro moriría”. Y refuerza: “Algunas de las obras literarias más estimulantes surgen de culturas que no

han contribuido directamente a nuestro desarrollo”. De allí su amor por los libros exóticos, imprevistos, misteriosos y bizarros.

Henry Miller no abomina de los clásicos, pero no cree que se los deba idealizar: “El hombre debe comenzar con sus propios tiempos. Debe familiarizarse ante todo con el mundo en que vive y participa”. Y el libro, ¿se revela útil para un escritor? “Cuanto más escribo más comprendo lo que otros tratan de decirme en sus libros. Cuanto más escribo, más tolerante soy con respecto a mis colegas escritores”. La comprensión y aceptación de la singularidad del otro potencia la propia, asegura Miller.

Algo más sobre el oficio del escritor: “Los escritores de libros no solamente han dado siempre muestras de poseer poderes mágicos, sino también de mostrarnos la existencia de universos que infringen e invaden nuestro propio y pequeño universo, y nos son tan familiares como si los hubiéramos visitado personalmente”. Y un remate que deja pensativo: “Para mí el hecho cardinal sobre el escritor es su capacidad para explorar el vasto silencio que nos envuelve a todos nosotros”.

Me permito destacar un par de conceptos sacados de un capítulo notable en este libro: “La lectura en el retrete”. Escribe Miller: “Siendo joven, en busca de un lugar seguro donde devorar los clásicos prohibidos, a veces acudía a refugiarme en el cuarto de baño. Desde esa época juvenil ya nunca volví a leer en el retrete”. Más aún, explicita su opinión contraria: “La mayor parte de la lectura que se hace en el retrete es lectura inútil. Los digestos, las revistas gráficas, los folletines, las novelas policiales y de aventuras, y todos los cabos sueltos de la literatura, eso es lo que la gente lleva al baño para leer”. No estando de acuerdo con su desvalorización implícita de los géneros populares, sí podemos coincidir en que el lugar se presta para leer ese tipo de libros, ¿no?

Aunque sus razones pueden ser atendibles: “Si tus intestinos se niegan a funcionar, consulta a un médico chino. No leas para distraer tu mente de la ocupación que tienes entre manos... Si acudes al retrete para eliminar el material de desecho acumulado en tu organismo, te perjudicas si empleas esos preciosos momentos en llenarte la cabeza con desperdicios”. Y recomienda: “Si por fuerza tienes que hacer algo, ¿porqué no ofreces una silenciosa oración al Creador, una oración de agradecimiento porque tus intestinos todavía funcionan?”. Más que leer en el baño, Miller recomienda rezar. ¡Vaya!

Cierra el capítulo de modo contundente: “Tengo la certeza de que ningún escritor, ni siquiera muerto, se sentiría halagado si alguien asociara su obra con el sistema cloacal”. Bien por Henry Miller. Pero a muchos escritores nos daría lo mismo. Lo importante es que nos lean, con toda franqueza.

